



01

enero

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios
(Ciclo C) – 2019

Jornada mundial por la paz

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Invocarán mi Nombre sobre los israelitas, y Yo los bendeciré

Lectura del libro de los Números 6, 22-27

El Señor dijo a Moisés: «Habla en estos términos a Aarón y a sus hijos: Así bendecirán a los israelitas. Ustedes les dirán: "Que el Señor te bendiga y te proteja. Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y te muestre su gracia. Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz." Que ellos invoquen mi Nombre sobre los israelitas, y yo los bendeciré.»

Palabra de Dios.

SALMO 66, 2-3. 5. 6. 8

R. *El Señor tenga piedad y nos bendiga.*

El Señor tenga piedad y nos bendiga,
haga brillar su rostro sobre nosotros,
para que en la tierra se reconozca su dominio,
y su victoria entre las naciones. **R.**

Que canten de alegría las naciones,
porque gobiernas a los pueblos con justicia
y guías a las naciones de la tierra. **R.**

¡Que los pueblos te den gracias, Señor,
que todos los pueblos te den gracias!
Que Dios nos bendiga,
y lo teman todos los confines de la tierra. **R.**

Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Galacia 4, 4-7

Hermanos:

Cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer y sujeto a la Ley, para redimir a los que estaban sometidos a la Ley y hacernos hijos adoptivos.

Y la prueba de que ustedes son hijos, es que Dios infundió en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo: ¡Abba!, es decir, ¡Padre! Así, ya no eres más esclavo, sino hijo, y por lo tanto, heredero por la gracia de Dios.

Palabra de Dios.

ALELUIA Heb 1, 1-2

Aleluia.

Después de haber hablado a nuestros padres
por medio de los Profetas,

en este tiempo final,

Dios nos ha hablado por medio de su Hijo.

Aleluia.

EVANGELIO

*Encontraron a María, a José y al recién nacido.
Ocho días después se le puso el nombre de Jesús*

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas 2, 16-21

Los pastores fueron rápidamente y encontraron a María, a José, y al recién nacido acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que habían oído decir sobre este niño, y todos los que los escuchaban quedaron admirados de lo que decían los pastores.

Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón. Y los pastores volvieron, alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, conforme al anuncio que habían recibido.

Ocho días después, llegó el tiempo de circuncidar al niño y se le puso el nombre de Jesús, nombre que le había sido dado por el Ángel antes de su concepción.

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guion Solemnidad de Santa María Madre de Dios- 1° enero 2018

Entrada:

Celebramos hoy la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Por eso María es Madre de Dios, porque es la madre de Jesucristo. Y por eso ocupa un lugar central en la fe y en la espiritualidad cristiana. Para toda la eternidad Jesús será el nacido de Mujer, el hijo de María. Participemos dignamente de esta Santa Misa.

Liturgia de la Palabra

Primera Lectura:*Números 6, 22- 27*

Dios en su Hijo nos bendice con su gracia y nos concede la paz.

Salmo Responsorial: 66**Segunda Lectura:***Gálatas 4, 4- 7*

Somos hijos de Dios; la prueba de esto está en que nos infundió el Espíritu de su Hijo.

Evangelio:*Lucas 2, 16- 21*

María conservaba en su Corazón todo lo referente al Hijo de sus entrañas, Jesús el Salvador.

Preces:

Dirijamos nuestras súplicas al Padre eterno, que ha enviado al mundo a su Hijo nacido de Mujer, para redimirnos y traernos la paz.

A cada intención respondemos cantando:..

- 1) Te pedimos que protejas al Santo Padre, para que su pontificado, bajo la protección de María Santísima dé abundantes frutos en todo el mundo. Oremos.
- 2) Al celebrar hoy la Jornada mundial por la paz, te suplicamos Señor que mirando a tu Madre, Reina de la paz, concedas al mundo este don a la humanidad, y que las naciones encuentren, mediante el diálogo, soluciones pacíficas a sus conflictos. Oremos.
- 3) Te rogamos por todas las familias, para que encuentren en María la guía y la protección para sus hogares y los padres sepan dar a sus hijos una sana educación cristiana. Oremos.
- 4) Por María, madre de los consagrados, te pedimos especialmente por los sacerdotes y misioneros para que fieles al servicio de Dios sepan hacer de la Santa misa el fin de sus actividades apostólicas. Oremos...
- 5) Por intercesión de la Inmaculada Virgen de Luján te pedimos que protejas a nuestra patria en este nuevo año que inicia, concedas luz y consejo a los gobernantes y santidad a nuestros pastores y pueblo fiel. Oremos...

Padre Bueno, acoge las súplicas que te dirigimos por intercesión de María Santísima y concede a la humanidad la paz que el mundo no puede dar. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén

Liturgia Eucarística**Ofertorio:**

Renovamos nuestro ofrecimiento a Dios uniéndonos al Sacrificio de Cristo.

*Traemos **flores** para la Madre de Dios junto con nuestro reconocimiento y amor.

*Ofrecemos **incienso** como símbolo de las oraciones que elevamos por la paz del mundo.

*Llevamos al Altar el **pan y el vino** para el banquete eucarístico, en el cual nos uniremos a Cristo, el Señor.

Comunión:

Recibamos a Jesús de manos de María y adoremos al Dios anonadado y escondido en el Santo Sacramento del Amor Divino.

Salida:

Gozosos por haber celebrado las grandezas de María y haber participado del sacrificio de su Hijo, vayamos con confianza y alegría al mundo para anunciar las maravillas del Señor.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Nota: Sugerimos volver a leer lo que el Directorio Homilético dice acerca de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios ((CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, 2014, nº 123)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético

Solemnidad de María, Santísima Madre de Dios

CEC 464-469: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre

CEC 495, 2677: María es la Madre de Dios

CEC 1, 52, 270, 294, 422, 654, 1709, 2009: nuestra adopción como hijos de Dios

CEC 527, 577-582: Jesús observa la Ley y la perfecciona

CEC 580, 1972: la nueva Ley nos libera de las restricciones de la Ley antigua

CEC 683, 689, 1695, 2766, 2777-2778: por medio del Espíritu Santo podemos llamar a Dios "Abba"

CEC 430-435, 2666-2668, 2812: el nombre de Jesús

III VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE

- 464 El acontecimiento único y totalmente singular de la Encarnación del Hijo de Dios no significa que Jesucristo sea en parte Dios y en parte hombre, ni que sea el resultado de una mezcla confusa entre lo divino y lo humano. El se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. La Iglesia debió defender y aclarar esta verdad de fe durante los primeros siglos frente a unas herejías que la falseaban.
- 465 Las primeras herejías negaron menos la divinidad de Jesucristo que su humanidad verdadera (docetismo gnóstico). Desde la época apostólica la fe cristiana insistió en la verdadera encarnación del Hijo de Dios, "venido en la carne" (cf. 1 Jn 4, 2-3; 2 Jn 7). Pero desde el siglo III, la Iglesia tuvo que afirmar frente a Pablo de Samosata, en un concilio reunido en Antioquía, que Jesucristo es hijo de Dios por naturaleza y no por adopción. El primer concilio ecuménico de Nicea, en el año 325, confesó en su Credo que el Hijo de Dios es "engendrado, no creado, de la misma substancia ['homoousios'] que el Padre" y condenó a Arrio que afirmaba que "el Hijo de Dios salió de la nada" (DS 130) y que sería "de una substancia distinta de la del Padre" (DS 126).
- 466 La herejía nestoriana veía en Cristo una persona humana junto a la persona divina del Hijo de Dios. Frente a ella S. Cirilo de Alejandría y el tercer concilio ecuménico reunido en Efeso, en el año 431, confesaron que "el Verbo, al unirse en su persona a una carne animada por un alma racional, se hizo hombre" (DS 250). La humanidad de Cristo no tiene más sujeto que la persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido y hecho suya desde su concepción. Por eso el concilio de Efeso proclamó en el año 431 que María llegó a ser con toda verdad Madre de Dios mediante la concepción humana del Hijo de Dios en su seno: "Madre de Dios, no porque el Verbo de Dios haya tomado de ella su naturaleza divina, sino porque es de ella, de quien tiene el cuerpo sagrado dotado de un alma racional, unido a la persona del Verbo, de quien se dice que el Verbo nació según la carne" (DS 251).
- 467 Los monofisitas afirmaban que la naturaleza humana había dejado de existir como tal en Cristo al ser asumida por su persona divina de Hijo de Dios. Enfrentado a esta herejía, el cuarto concilio ecuménico, en Calcedonia, confesó en el año 451:

Siguiendo, pues, a los Santos Padres, enseñamos unánimemente que hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad, y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente hombre compuesto de alma racional y cuerpo; consustancial con el Padre según la divinidad, y consustancial con nosotros según la humanidad, `en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado' (Hb 4, 15); nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad; y por nosotros y por nuestra salvación, nacido en los últimos tiempos de la Virgen María, la Madre de Dios, según la humanidad. Se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo único en dos naturalezas, sin

confusión, sin cambio, sin división, sin separación. La diferencia de naturalezas de ningún modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas y confluyen en un solo sujeto y en una sola persona (DS 301-302).

- 468 Después del concilio de Calcedonia, algunos concibieron la naturaleza humana de Cristo como una especie de sujeto personal. Contra éstos, el quinto concilio ecuménico, en Constantinopla el año 553 confesó a propósito de Cristo: "No hay más que una sola hipóstasis [o persona], que es nuestro Señor Jesucristo, uno de la Trinidad" (DS 424). Por tanto, todo en la humanidad de Jesucristo debe ser atribuído a su persona divina como a su propio sujeto (cf. ya Cc. Efeso: DS 255), no solamente los milagros sino también los sufrimientos (cf. DS 424) y la misma muerte: "El que ha sido crucificado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, es verdadero Dios, Señor de la gloria y uno de la santísima Trinidad" (DS 432).
- 469 La Iglesia confiesa así que Jesús es inseparablemente verdadero Dios y verdadero hombre. El es verdaderamente el Hijo de Dios que se ha hecho hombre, nuestro hermano, y eso sin dejar de ser Dios, nuestro Señor:

"Id quod fuit remansit et quod non fuit assumpsit" ("Permaneció en lo que era y asumió lo que no era"), canta la liturgia romana (LH, antífona de laudes del primero de enero; cf. S. León Magno, serm. 21, 2-3). Y la liturgia de S. Juan Crisóstomo proclama y canta: "Oh Hijo Unico y Verbo de Dios, siendo inmortal te has dignado por nuestra salvación encarnarte en la santa Madre de Dios, y siempre Virgen María, sin mutación te has hecho hombre, y has sido crucificado. Oh Cristo Dios, que por tu muerte has aplastado la muerte, que eres Uno de la Santa Trinidad, glorificado con el Padre y el Santo Espíritu, sálvanos! (Tropario "O monoghenis").

La maternidad divina de María

495 Llamada en los Evangelios "la Madre de Jesús"(Jn 2, 1; 19, 25; cf. Mt 13, 55, etc.), María es aclamada bajo el impulso del Espíritu como "la madre de mi Señor" desde antes del nacimiento de su hijo (cf Lc 1, 43). En efecto, aquél que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios ["Theotokos"] (cf. DS 251).

2677 "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros... " Con Isabel, nos maravillamos y decimos: "¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?" (Lc 1, 43). Porque nos da a Jesús su hijo, María es madre de Dios y madre nuestra; podemos confiarle todos nuestros cuidados y nuestras peticiones: ora para nosotros como oró para sí misma: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Confiándonos a su oración, nos abandonamos con ella en la voluntad de Dios: "Hágase tu voluntad".

"Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte". Pidiendo a María que ruegue por nosotros, nos reconocemos pecadores y nos dirigimos a la "Madre de la Misericordia", a la Virgen Santísima. Nos ponemos en sus manos "ahora", en el hoy de nuestras vidas. Y nuestra confianza se ensancha para entregarle desde ahora, "la hora de nuestra muerte". Que esté presente en esa hora, como estuvo en la muerte en Cruz de su Hijo y que en la hora de nuestro tránsito nos acoja como madre nuestra (cf Jn 19, 27) para conducirnos a su Hijo Jesús, al Paraíso.

1 Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, está cerca del hombre. Le llama y le ayuda a buscarlo, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Lo hace

mediante su Hijo que envió como Redentor y Salvador al llegar la plenitud de los tiempos. En él y por él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y por tanto los herederos de su vida bienaventurada.

52 Dios, que "habita una luz inaccesible" (1 Tm 6,16) quiere comunicar su propia vida divina a los hombres libremente creados por él, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos (cf. Ef 1,4-5). Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas.ç

270La omnipotencia divina no es en modo alguno arbitraria: "En Dios el poder y la esencia, la voluntad y la inteligencia, la sabiduría y la justicia son una sola cosa, de suerte que nada puede haber en el poder divino que no pueda estar en la justa voluntad de Dios o en su sabia inteligencia" (S. Tomás de A., s.th. 1,25,5, ad 1).

294 La gloria de Dios consiste en que se realice esta manifestación y esta comunicación de su bondad para las cuales el mundo ha sido creado. Hacer de nosotros "hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia" (Ef 1,5-6): "Porque la gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios" (S. Ireneo, haer. 4,20,7). El fin último de la creación es que Dios, "Creador de todos los seres, se hace por fin `todo en todas las cosas' (1 Co 15,28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad" (AG 2).

La Buena Nueva: Dios ha enviado a su Hijo

422. "Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Ga 4, 4-5). He aquí "la Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios" (Mc 1, 1): Dios ha visitado a su pueblo (cf. Lc 1, 68), ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a su descendencia (cf. Lc 1, 55); lo ha hecho más allá de toda expectativa: El ha enviado a su "Hijo amado" (Mc 1, 11).

654 Hay un doble aspecto en el misterio Pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su Resurrección nos abre el acceso a una nueva vida. Esta es, en primer lugar, la justificación que nos devuelve a la gracia de Dios (cf. Rm 4, 25) "a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos ... así también nosotros vivamos una nueva vida" (Rm 6, 4). Consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia (cf. Ef 2, 4-5; 1 P 1, 3). Realiza la adopción filial porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su Resurrección: "Id, avisad a mis hermanos" (Mt 28, 10; Jn 20, 17). Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección.

1709 El que cree en Cristo se hace hijo de Dios. Esta adopción filial lo transforma dándole la posibilidad de seguir el ejemplo de Cristo. Le hace capaz de obrar rectamente y de practicar el bien. En la unión con su Salvador el discípulo alcanza la perfección de la caridad, la santidad. La vida moral, madurada en la gracia, culmina en vida eterna, en la gloria del cielo.

2009 La adopción filial, haciéndonos partícipes por la gracia de la naturaleza divina, puede conferirnos, según la justicia gratuita de Dios, un verdadero mérito. Se trata de un derecho por gracia, el pleno derecho del amor, que nos hace "coherederos" de Cristo y dignos de obtener la "herencia prometida de la vida eterna" (Cc. de Trento: DS 1546). Los méritos de nuestras buenas obras son dones de la bondad divina (cf. Cc. de Trento: DS 1548). "La gracia ha precedido; ahora se da lo que es debido...los méritos son dones de Dios" (S. Agustín, serm. 298,4-5).

Los Misterios de la Infancia de Jesús

527 La Circuncisión de Jesús, al octavo día de su nacimiento (cf. Lc 2, 21) es señal de su inserción en la descendencia de Abraham, en el pueblo de la Alianza, de su sometimiento a la Ley (cf. Ga 4, 4) y de su consagración al culto de Israel en el que participará durante toda su vida. Este signo prefigura "la circuncisión en Cristo" que es el Bautismo (Col 2, 11-13).

I JESUS Y LA LEY

577 Al comienzo del Sermón de la montaña, Jesús hace una advertencia solemne presentando la Ley dada por Dios en el Sinaí con ocasión de la Primera Alianza, a la luz de la gracia de la Nueva Alianza:

"No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los cielos; en cambio el que los observe y los enseñe, ese será grande en el Reino de los cielos" (Mt 5, 17-19).

578 Jesús, el Mesías de Israel, por lo tanto el más grande en el Reino de los cielos, se debía sujetar a la Ley cumpliéndola en su totalidad hasta en sus menores preceptos, según sus propias palabras. Incluso es el único en poderlo hacer perfectamente (cf. Jn 8, 46). Los judíos, según su propia confesión, jamás han podido cumplir jamás la Ley en su totalidad, sin violar el menor de sus preceptos (cf. Jn 7, 19; Hch 13, 38-41; 15, 10). Por eso, en cada fiesta anual de la Expiación, los hijos de Israel piden perdón a Dios por sus transgresiones de la Ley. En efecto, la Ley constituye un todo y, como recuerda Santiago, "quien observa toda la Ley, pero falta en un solo precepto, se hace reo de todos" (St 2, 10; cf. Ga 3, 10; 5, 3).

579 Este principio de integridad en la observancia de la Ley, no sólo en su letra sino también en su espíritu, era apreciado por los fariseos. Al subrayarlo para Israel, muchos judíos del tiempo de Jesús fueron conducidos a un celo religioso extremo (cf. Rm 10, 2), el cual, si no quería convertirse en una casuística "hipócrita" (cf. Mt 15, 3-7; Lc 11, 39-54) no podía más que preparar al pueblo a esta intervención inaudita de Dios que será la ejecución perfecta de la Ley por el único Justo en lugar de todos los pecadores (cf. Is 53, 11; Hb 9, 15).

580 El cumplimiento perfecto de la Ley no podía ser sino obra del divino Legislador que nació sometido a la Ley en la persona del Hijo (cf. Ga 4, 4). En Jesús la Ley ya no aparece grabada en tablas de piedra sino "en el fondo del corazón" (Jr 31, 33) del Siervo, quien, por "aportar fielmente el derecho" (Is 42, 3), se ha convertido en "la Alianza del pueblo" (Is 42, 6). Jesús cumplió la Ley hasta tomar sobre sí mismo "la maldición de la Ley" (Ga 3, 13) en la que habían incurrido los que no "practican todos los preceptos de la Ley" (Ga 3, 10) porque, ha intervenido su muerte para remisión de las transgresiones de la Primera Alianza" (Hb 9, 15).

581 Jesús fue considerado por los Judíos y sus jefes espirituales como un "rabbi" (cf. Jn 11, 28; 3, 2; Mt 22, 23-24, 34-36). Con frecuencia argumentó en el marco de la interpretación rabínica de la Ley (cf. Mt 12, 5; 9, 12; Mc 2, 23-27; Lc 6, 6-9; Jn 7, 22-23). Pero al mismo tiempo, Jesús no podía menos que chocar con los doctores de la Ley porque no se contentaba con proponer su interpretación entre los suyos, sino que "enseñaba como quien tiene autoridad y no como sus escribas" (Mt 7, 28-29). La misma Palabra de Dios, que resonó en el Sinaí para dar a Moisés la Ley escrita, es la que en él se hace oír de nuevo en el Monte de las Bienaventuranzas (cf. Mt 5, 1). Esa palabra no revoca la Ley sino que la perfecciona aportando de modo divino su interpretación definitiva: "Habéis oído también que se dijo a los antepasados ... pero yo os digo" (Mt 5, 33-34). Con esta misma autoridad divina, desapueba ciertas "tradiciones humanas" (Mc 7, 8) de los fariseos que "anulan la Palabra de Dios" (Mc 7, 13).

582 Yendo más lejos, Jesús da plenitud a la Ley sobre la pureza de los alimentos, tan importante en la vida cotidiana judía, manifestando su sentido "pedagógico" (cf. Ga 3, 24) por medio de una interpretación divina: "Todo lo que de fuera entra en el hombre no puede hacerle impuro ... -así declaraba puros todos los alimentos- ... Lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas" (Mc 7, 18-21). Jesús, al dar con autoridad divina la interpretación definitiva de la Ley, se vio enfrentado a algunos doctores de la Ley que no recibían su interpretación a pesar de estar garantizada por los signos divinos con que la acompañaba (cf. Jn 5, 36; 10, 25. 37-38; 12, 37). Esto ocurre, en particular, respecto al problema del sábado: Jesús recuerda, frecuentemente con argumentos rabínicos (cf. Mt 2, 25-27; Jn 7, 22-24), que el descanso del sábado no se quebranta por el servicio de Dios (cf. Mt 12, 5; Nm 28, 9) o al prójimo (cf. Lc 13, 15-16; 14, 3-4) que realizan sus curaciones.

1972 La Ley nueva es llamada ley de amor, porque hace obrar por el amor que infunde el Espíritu Santo más que por el temor; ley de gracia, porque confiere la fuerza de la gracia para obrar mediante la fe y los sacramentos; ley de libertad (cf. St 1, 25; 2, 12), porque nos libera de las observancias rituales y jurídicas de la Ley antigua, nos inclina a obrar espontáneamente bajo el impulso de la caridad y nos hace pasar de la condición del siervo "que ignora lo que hace su señor", a la de amigo de Cristo, "porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15, 15), o también a la condición de hijo heredero (cf. Gál 4, 1-7. 21-31; Rm 8, 15).

683 "Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo" (1 Co 12, 3). "Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!" (Ga 4, 6). Este conocimiento de fe no es posible sino en el Espíritu Santo. Para entrar en contacto con Cristo, es necesario primeramente haber sido atraído por el Espíritu Santo. El es quien nos precede y despierta en nosotros la fe. Mediante el Bautismo, primer sacramento de la fe, la Vida, que tiene su fuente en el Padre y se nos ofrece por el Hijo, se nos comunica íntima y personalmente por el Espíritu Santo en la Iglesia:

El Bautismo nos da la gracia del nuevo nacimiento en Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los que son portadores del Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, es decir al Hijo; pero el Hijo los presenta al Padre, y el Padre les concede la incorruptibilidad. Por tanto, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y, sin el Hijo, nadie puede acercarse al Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo de Dios se logra por el Espíritu Santo (San Ireneo, dem. 7).

I LA MISION CONJUNTA DEL HIJO Y DEL ESPIRITU

689 Aquel al que el Padre ha enviado a nuestros corazones, el Espíritu de su Hijo (cf. Ga 4, 6) es realmente Dios. Consustancial con el Padre y el Hijo, es inseparable de ellos, tanto en la vida íntima de la Trinidad como en su don de amor para el mundo. Pero al adorar a la Santísima Trinidad vivificante, consustancial e indivisible, la fe de la Iglesia profesa también la distinción de las Personas. Cuando el Padre envía su Verbo, envía también su aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero

inseparables. Sin ninguna duda, Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela.

1695 "Justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co 6,11), "santificados y llamados a ser santos" (1 Co 1,2), los cristianos se convierten en "el templo del Espíritu Santo" (cf 1 Co 6,19). Este "Espíritu del Hijo" les enseña a orar al Padre (cf Gál 4,6) y, haciéndose vida en ellos, les hace obrar (cf Gal 5,25) para dar "los frutos del Espíritu" (Gal 5,22) por la caridad operante. Curando las heridas del pecado, el Espíritu Santo nos renueva interiormente por una transformación espiritual (cf Ef 4,23), nos ilumina y nos fortalece para vivir como "hijos de la luz" (Ef 5,8), "por la bondad, la justicia y la verdad" en todo (Ef 5,9).

2766 Pero Jesús no nos deja una fórmula para repetirla de modo mecánico (cf Mt 6, 7; 1 R 18, 26-29). Como en toda oración vocal, el Espíritu Santo, a través de la Palabra de Dios, enseña a los hijos de Dios a hablar con su Padre. Jesús no sólo nos enseña las palabras de la oración filial, sino que nos da también el Espíritu por el que éstas se hacen en nosotros "espíritu y vida" (Jn 6, 63). Más todavía: la prueba y la posibilidad de nuestra oración filial es que el Padre "ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: '¡Abbá, Padre!'" (Ga 4, 6). Ya que nuestra oración interpreta nuestros deseos ante Dios, es también "el que escruta los corazones", el Padre, quien "conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión en favor de los santos es según Dios" (Rm 8, 27). La oración al Padre se inserta en la misión misteriosa del Hijo y del Espíritu.

I ACERCARSE A EL CON TODA CONFIANZA

2777 En la liturgia romana, se invita a la asamblea eucarística a rezar el Padre Nuestro con una audacia filial; las liturgias orientales usan y desarrollan expresiones análogas: "Atrevemos con toda confianza", "Haznos dignos de". Ante la zarza ardiendo, se le dijo a Moisés: "No te acerques aquí. Quita las sandalias de tus pies" (Ex 3, 5). Este umbral de la santidad divina, sólo lo podía franquear Jesús, el que "después de llevar a cabo la purificación de los pecados" (Hb 1, 3), nos introduce en presencia del Padre: "Hémos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio" (Hb 2, 13):

La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo, no nos empujasen a proferir este grito: 'Abbá, Padre' (Rm 8, 15) ... ¿Cuándo la debilidad de un mortal se atrevería a llamar a Dios Padre suyo, sino solamente cuando lo íntimo del hombre está animado por el Poder de lo alto? (San Pedro Crisólogo, serm. 71).

2778 Este poder del Espíritu que nos introduce en la Oración del Señor se expresa en las liturgias de Oriente y de Occidente con la bella palabra, típicamente cristiana: "parrhesia", simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado (cf Ef 3, 12; Hb 3, 6; 4, 16; 10, 19; 1 Jn 2,28; 3, 21; 5, 14).

I JESUS

430 Jesús quiere decir en hebreo: "Dios salva". En el momento de la anunciación, el ángel Gabriel le dio como nombre propio el nombre de Jesús que expresa a la vez su identidad y su misión (cf. Lc 1, 31). Ya que "¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?" (Mc 2, 7), es él quien, en Jesús, su Hijo eterno hecho hombre "salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1, 21). En Jesús, Dios recapitula así toda la historia de la salvación en favor de los hombres.

- 431 En la historia de la salvación, Dios no se ha contentado con librar a Israel de "la casa de servidumbre" (Dt 5, 6) haciéndole salir de Egipto. Él lo salva además de su pecado. Puesto que el pecado es siempre una ofensa hecha a Dios (cf. Sal 51, 6), sólo el es quien puede absolverlo (cf. Sal 51, 12). Por eso es por lo que Israel tomando cada vez más conciencia de la universalidad del pecado, ya no podrá buscar la salvación más que en la invocación del Nombre de Dios Redentor (cf. Sal 79, 9).
- 432 El nombre de Jesús significa que el Nombre mismo de Dios está presente en la persona de su Hijo (cf. Hch 5, 41; 3 Jn 7) hecho hombre para la redención universal y definitiva de los pecados. El es el Nombre divino, el único que trae la salvación (cf. Jn 3, 18; Hch 2, 21) y de ahora en adelante puede ser invocado por todos porque se ha unido a todos los hombres por la Encarnación (cf. Rm 10, 6-13) de tal forma que "no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos" (Hch 4, 12; cf. Hch 9, 14; St 2, 7).
- 433 El Nombre de Dios Salvador era invocado una sola vez al año por el sumo sacerdote para la expiación de los pecados de Israel, cuando había asperjado el propiciatorio del Santo de los Santos con la sangre del sacrificio (cf. Lv 16, 15-16; Si 50, 20; Hb 9, 7). El propiciatorio era el lugar de la presencia de Dios (cf. Ex 25, 22; Lv 16, 2; Nm 7, 89; Hb 9, 5). Cuando San Pablo dice de Jesús que "Dios lo exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre" (Rm 3, 25) significa que en su humanidad "estaba Dios reconciliando al mundo consigo" (2 Co 5, 19).
- 434 La Resurrección de Jesús glorifica el nombre de Dios Salvador (cf. Jn 12, 28) porque de ahora en adelante, el Nombre de Jesús es el que manifiesta en plenitud el poder soberano del "Nombre que está sobre todo nombre" (Flp 2, 9). Los espíritus malignos temen su Nombre (cf. Hch 16, 16-18; 19, 13-16) y en su nombre los discípulos de Jesús hacen milagros (cf. Mc 16, 17) porque todo lo que piden al Padre en su Nombre, él se lo concede (Jn 15, 16).
- 435 El Nombre de Jesús está en el corazón de la plegaria cristiana. Todas las oraciones litúrgicas se acaban con la fórmula "Per Dominum Nostrum Jesum Christum..." ("Por Nuestro Señor Jesucristo..."). El "Avemaría" culmina en "y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús". La oración del corazón, en uso en oriente, llamada "oración a Jesús" dice: "Jesucristo, Hijo de Dios, Señor ten piedad de mí, pecador". Numerosos cristianos mueren, como Santa Juana de Arco, teniendo en sus labios una única palabra: "Jesús".

2. EXÉGESIS

José María Solé – Roma, C.M.F.

NÚMEROS 6, 22-27:

La Liturgia inicia el primer día del año, Octava de la Navidad, con esta solemne bendición, con la que el Pontífice de Israel despedía al pueblo congregado para el sacrificio vespertino. El Sirácida (Eccl 50, 20) nos lo narra del Sumo Sacerdote Simón: «Al terminarse el servicio del Señor (Simón), bajaba y elevaba sus manos sobre toda la asamblea de los hijos de Israel, para dar con sus labios la bendición del Señor y tener el honor de pronunciar su Nombre. Y todos se postraban para recibir la bendición del Altísimo».

Pedir que brille sobre nosotros la luz del rostro de Dios es pedir su amor y benevolencia: « ¡Alza sobre nosotros la luz de tu Rostro! » (Sal 5, 7). « Haz que alumbre a tu, siervo tu Rostro. ¡Sálvame por tu amor! » (Sal 31, 17).

La Iglesia ahora nos da esta bendición en nombre de Jesús-Salvador. Y nos exhorta a comenzar, impe-
trando su bendición, todas nuestras obras.

Jesús nos dejó su bendición como Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza al ofrecer su Sacrificio: « La paz os dejo. Mi paz os doy » (In 14, 27).

Singularmente aluden a este pasaje de Números aquellas palabras de nuestro Pontífice Jesús, que se despide de nosotros; y nos da su bendición Sacerdotal en Nombre del Padre y en el Nombre suyo de Hijo: « Padre Santo: tuyos eran y me los diste. Todas mis cosas tuyas son y las tuyas mías. Y Yo ya no estaré en el

mundo, mientras ellos quedan en el mundo; Yo voy a Ti. Padre, guárdalos en tu Nombre, el que Tú me has dado; a fin de que sean Uno como Nosotros» (Jn 17, 6. 11). Bendecidos en el nombre divino de Jesús tendremos la paz.

— Que así sea en este nuevo año «cristiano» que comenzamos: «Que invoquen mi Nombre sobre los hijos de Israel y Yo les bendeciré» (Nm 6, 27).

EPÍSTOLA Gál. 4, 4-7:

La Epístola nos da uno de los mejores fundamentos bíblicos de la Maternidad espiritual y universal de María:

Cristo, Hijo de Dios, nace súbdito de la Ley, inserto en la Historia de la Salvación (solidaridad con los judíos), nace de Mujer (solidaridad con toda la raza humana). Se sujeta a la Ley para «liberarnos». Se hace Hijo de Mujer para darnos la filiación divina. «Ved cuán grande caridad nos ha otorgado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios. ¡Y lo somos!» (1 Jn 3, 1). Tan cierto es que participamos con toda propiedad la filiación del Hijo, que San Pablo nos anima a vivir en plena intimidad filial con el Padre: «Y por cuanto sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abba! ¡Padre! De manera que no eres ya esclavo, sino hijo. Y si hijo, también heredero por gracia de Dios» (Gál 4, 6).

La Mujer de quien es Hijo este Hermano nuestro es también Madre nuestra. Si somos hijos de Dios en Cristo, somos a la vez hijos de María en Cristo. Orígenes nos lo dice en unas palabras muy expresivas: «No teniendo María otro hijo que Jesús, cuando el Maestro dice: «He ahí a tu hijo» y no dice 'Este es también tu hijo', es como si dijese: he ahí el Jesús que has engendrado; porque todo perfecto cristiano no vive ya su vida natural, sino que Cristo vive en él. Y porque Cristo vive en él se dice de él a María: «Este es tu Hilo, Cristo» (P. G. 14, 31). Si vivimos de Cristo y en Cristo, con pleno derecho llamamos a Dios «Padre» y a María «Madre». Si la Eucaristía nos forma y transforma más en Cristo debe desarrollar nuestra piedad con María: la vivencia de los sentimientos filiales de Jesús con su Madre Cristo que en lo es también nuestra.

EVANGELIO, Lc 2, 16-21:

En la narración evangélica notemos:

— Los pastores de Belén adoran al Mesías. Son las «primicias» de los infinitos adoradores. La humildad, la sencillez, la pobreza, la austeridad, disposiciones que preparan el corazón a la fe. Ellos no se escandalizan por la pobreza del Mesías pobre.

— El v 19 es una fina indicación. María oye atenta cuanto dicen los pastores y capta atenta todos los signos y acontecimientos. El Corazón de la Madre es el mejor archivo y la mejor biblioteca de los recuerdos y de los misterios del Hijo. Lucas ha bebido en buena fuente. Los devotos de la Virgen crecen en el conocimiento y amor de Cristo. ¡Y cuánto nos revelará María en el cielo!

— Por la circuncisión, Jesús, hijo de Abraham, se solidariza con una raza pecadora (v. 21). Es entonces cuando se le impone el nombre de Jesús revelado por el cielo a María y a José. Jesús = Dios Salva, va a tener el sentido más pleno. Aquel que San Pablo sintetiza en esta tremenda expresión: «Dios a Aquel que no conoció el pecado, por nosotros le hizo pecado, a fin de que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en El» (2 Cor 5, 21). Nos salva de nuestros pecados porque los carga todos sobre Sí para expiarlos todos. Y partícipes de su vida (gracia), quedamos plenamente justificados, santificados y salvados: «Gozosos, Señor, hemos recibido los celestes sacramentos; concédenos que nos aprovechen para la vida eterna a quienes nos gloriamos de proclamar a la siempre Virgen María Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia» (Postc.).

(JOSÉ M^a SOLÉ ROMA C.M.F., *Ministros de la Palabra*, ciclo A, Herder Barcelona 1979, 54-56)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

San Juan Pablo Magno

María, Madre de Dios

1. La contemplación del misterio del nacimiento del Salvador ha impulsado al pueblo cristiano no sólo a dirigirse a la Virgen santísima como a la Madre de Jesús, sino también a reconocerla como Madre de Dios. Esa verdad fue profundizada y percibida, ya desde los primeros siglos de la era cristiana, como parte integrante del patrimonio de la fe de la Iglesia, hasta el punto de que fue proclamada solemnemente en el año 431 por el concilio de Éfeso.

En la primera comunidad cristiana, mientras crece entre los discípulos la conciencia de que Jesús es el Hijo de Dios, resulta cada vez más claro que María es la *Theotokos*, la Madre de Dios. Se trata de un título que no aparece explícitamente en los textos evangélicos, aunque en ellos se habla de la "Madre de Jesús" y se afirma que él es Dios (*Jn* 20, 28, cf. 5, 18; 10, 30. 33). Por lo demás, presentan a María como Madre del Emmanuel, que significa Dios con nosotros (cf. *Mt* 1, 22-23).

Ya en el siglo III, como se deduce de un antiguo testimonio escrito, los cristianos de Egipto se dirigían a María con esta oración: "Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios: no desoigas la oración de tus hijos necesitados; líbranos de todo peligro, oh siempre Virgen gloriosa y bendita" (*Liturgia de las Horas*). En este antiguo testimonio aparece por primera vez de forma explícita la expresión *Theotokos*, "Madre de Dios".

En la mitología pagana a menudo alguna diosa era presentada como madre de algún dios. Por ejemplo, Zeus, dios supremo, tenía por madre a la diosa Rea. Ese contexto facilitó, tal vez, en los cristianos el uso del título *Theotokos*, "Madre de Dios", para la madre de Jesús. Con todo, conviene notar que este título no existía, sino que fue creado por los cristianos para expresar una fe que no tenía nada que ver con la mitología pagana, la fe en la concepción virginal, en el seno de María, de Aquel que era desde siempre el Verbo eterno de Dios.

2. En el siglo IV, el término *Theotokos* ya se usa con frecuencia tanto en Oriente como en Occidente. La piedad y la teología se refieren cada vez más a menudo a ese término, que ya había entrado a formar parte del patrimonio de fe de la Iglesia.

Por ello se comprende el gran movimiento de protesta que surgió en el siglo V cuando Nestorio puso en duda la legitimidad del título "Madre de Dios". En efecto, al pretender considerar a María sólo como madre del hombre Jesús, sostenía que sólo era correcta doctrinalmente la expresión "Madre de Cristo". Lo que indujo a Nestorio a ese error fue la dificultad que sentía para admitir la unidad de la persona de Cristo y su interpretación errónea de la distinción entre las dos naturalezas —divina y humana— presentes en él.

El concilio de Éfeso, en el año 431, condenó sus tesis y, al afirmar la subsistencia de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la única persona del Hijo, proclamó a María Madre de Dios.

3. Las dificultades y las objeciones planteadas por Nestorio nos brindan la ocasión de hacer algunas reflexiones útiles para comprender e interpretar correctamente ese título. La expresión *Theotokos*, que literalmente significa "la que ha engendrado a Dios", a primera vista puede resultar sorprendente, pues suscita la pregunta: ¿cómo es posible que una criatura humana engendre a Dios? La respuesta de la fe de la Iglesia es clara: la maternidad divina de María se refiere solo a la generación humana del Hijo de Dios y no a su generación divina. El Hijo de Dios fue engendrado desde siempre por Dios Padre y es consustancial con él. Evidentemente, en esa generación eterna María no intervino para nada. Pero el Hijo de Dios, hace dos mil años, tomó nuestra naturaleza humana y entonces María lo concibió y lo dio a luz.

Así pues, al proclamar a María "Madre de Dios", la Iglesia desea afirmar que ella es la "Madre del Verbo encarnado, que es Dios". Su maternidad, por tanto, no atañe a toda la Trinidad, sino únicamente a la segunda Persona, al Hijo, que, al encarnarse, tomó de ella la naturaleza humana.

La maternidad es una relación entre persona y persona: una madre no es madre sólo del cuerpo o de la criatura física que sale de su seno, sino de la persona que engendra. Por ello, María, al haber engendrado según la naturaleza humana a la persona de Jesús, que es persona divina, es Madre de Dios.

4. Cuando proclama a María "Madre de Dios", la Iglesia profesa con una única expresión su fe en el Hijo y en la Madre. Esta unión aparece ya en el concilio de Éfeso; con la definición de la maternidad divina de María los padres querían poner de relieve su fe en la divinidad de Cristo. A pesar de las objeciones, antiguas y recientes, sobre la oportunidad de reconocer a María ese título, los cristianos de todos los tiempos, interpretando correctamente el significado de esa maternidad, la han convertido en expresión privilegiada de su fe en la divinidad de Cristo y de su amor a la Virgen.

En la *Theotokos* la Iglesia, por una parte, encuentra la garantía de la realidad de la Encarnación, porque, como afirma san Agustín, "si la Madre fuera ficticia, sería ficticia también la carne (...) y serían ficticias también las cicatrices de la resurrección" (*Tract. in Ev. Ioannis*, 8, 67). Y, por otra, contempla con asombro y celebra con veneración la inmensa grandeza que confirió a María Aquel que quiso ser hijo suyo. La expresión "Madre de Dios" nos dirige al Verbo de Dios, que en la Encarnación asumió la humildad de la condición humana para elevar al hombre a la filiación divina. Pero ese título, a la luz de la sublime dignidad concedida a la Virgen de Nazaret, proclama también la nobleza de la mujer y su altísima vocación. En efecto, Dios trata a María como persona libre y responsable y no realiza la encarnación de su Hijo sino después de haber obtenido su consentimiento.

Siguiendo el ejemplo de los antiguos cristianos de Egipto, los fieles se encomiendan a Aquella que, siendo Madre de Dios, puede obtener de su Hijo divino las gracias de la liberación de los peligros y de la salvación.

(SAN JUAN PABLO II, *Audiencia General del día miércoles 27 de noviembre de 1996*)

4. SANTOS PADRES

San Agustín

Santa María, Madre de Dios

"Deleitémonos íntimamente, hermanos; que se alegren y exulten los pueblos. Este día lo ha hecho sagrado para nosotros, no este sol visible, sino el mismo Creador invisible, cuando la Virgen Madre, fecunda en sus entrañas e íntegra en sus miembros, dio a luz, haciendo visible para nosotros al invisible que la creó a ella misma.

Virgen al concebirlo, virgen al dar a luz, virgen durante el embarazo, virgen después del parto: ¡siempre virgen!

Hombre, ¿por qué te maravilla esto? Era conveniente que Dios naciera así, cuando se dignó hacerse hombre. Así la creó a ella el que por ella fue hecho. Antes de ser hecho, ya existía, y porque era omnipotente, pudo ser hecho permaneciendo lo que era. Estando junto al Padre, se hizo una madre, y una vez hecho por la madre, permaneció en el Padre. ¿Cómo iba a dejar de ser Dios al comenzar a ser hombre el que otorgó a su madre el seguir siendo virgen cuando lo dio a luz?

Por lo tanto, del hecho de que *la Palabra se hizo carne* no hay que deducir que la Palabra pasó a la carne desapareciendo lo que era, sino que la carne fue la que se asoció a la Palabra para no perecer. Del mismo modo que el hombre es alma y cuerpo, así Cristo es Dios y hombre. Es Dios al mismo tiempo que es hombre y es hombre al mismo tiempo que es Dios, sin que se confundan las naturalezas, sino en la unidad de una persona.

En resumen: el que como Hijo de Dios es siempre coeterno con el Padre que lo genera, es el mismo que comenzó a ser Hijo del hombre por causa de la Virgen. De ese modo a la divinidad del Hijo se añadió también la humanidad y, sin embargo, no se ha formado una cuaternidad de personas, sino que permanece la Trinidad." (*S. 186, 1*)

(SAN AGUSTÍN, *Comentarios a los evangelios dominicales y festivos*, Ciclo C, Religión y Cultura Buenos Aires 2006, p. 26)

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcone, IVE

La Theo-tókos

(Lc 2,16-21)

Introducción

El Directorio Homilético da al homileta la siguiente indicación para la homilía de este día: “Las lecturas y las oraciones ofrecen la oportunidad de considerar, todavía una vez más, la identidad del Niño del que estamos celebrando el Nacimiento. Él es verdadero Dios y verdadero Hombre. (...). Él es también nuestro Salvador (Jesús, el nombre que recibe en la circuncisión, pero que le fue asignado por el ángel antes de la concepción)”¹.

Es, precisamente, el nombre de ‘Jesús’ (Lc 2,21) el que nos ofrece la oportunidad de considerar la identidad del Niño que nació, es decir, el hecho de que es verdadero Dios y verdadero Hombre.

1. El nombre de ‘Jesús’

El nombre castellano ‘Jesús’ es la transliteración del término griego *Iesoûs*, tal como aparece en los evangelios (cf. Mt 1,21; Lc 1,31; 2,21)². El término griego *Iesoûs* es, a su vez, la transliteración del término arameo *Yeshwa*³. Y el término arameo *Yeshwua* es una contracción que deriva del término hebreo *Yehoshwa*. Por lo tanto, el nombre castellano ‘Jesús’ es traducción del término hebreo *Yehoshwa*.

El término hebreo *Yehoshwa* está formado por dos palabras. La primera palabra está representada en las tres primeras letras: *Yeh-*. Esas tres letras son una abreviación del nombre con que Dios mismo se definió en Ex 3,13-15, el nombre de *Yahveh*. La segunda palabra está representada en las cuatro últimas letras: *-shwa*. Estas cuatro letras pertenecen al verbo hebreo *yashá*, que significa ‘salvar’.

Por lo tanto, la palabra hebrea *Yehoshwa*, que, en castellano, a través del griego, fue transliterada como ‘Jesús’, significa: ‘Yahveh salva’⁴. Por lo tanto, en la palabra castellana ‘Jesús’, las dos primeras letras ‘Je-’ corresponden al término hebreo *Yahveh*, y las tres últimas letras ‘-sús’, corresponden al verbo hebreo *yashá*.

Este nombre era ya aplicado a distintos personajes del AT. Así, por ejemplo, el sucesor de Moisés, llevaba el nombre de *Yehoshwa* (cf., por ejemplo, Ex 32,17), pero el nombre de este personaje, que será el que introducirá al pueblo de Israel a la Tierra Prometida, será transliterado por ‘Josué’ y no por ‘Jesús’. Sin embargo, en el caso de Jesús sucede algo totalmente atípico.

En efecto, en el texto de San Mateo, el ángel que le anuncia a José el nombre que debe imponerle al niño hace una explicación de dicho nombre. Esa explicación del nombre ‘Jesús’ está en las siguientes palabras: “Porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1,21). Esta frase es una confesión de la divinidad de Cristo y una afirmación de que el nombre de *Yahveh* que está incluido en el de Jesús, está dicho de una manera estricta y no solamente como un recuerdo o un homenaje a *Yahveh*⁵. En efecto, nunca jamás de ningún personaje del

¹ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, 2014, nº 123.

² El término griego *Iesoûs* se pronuncia *lesús*.

³ Cf. VOGT, E., *Lexicon linguae aramaicae Veteris Testamenti*, Roma, Pontificium Institutum Biblicum, 1971, p. 77. Cf. también DE TUYA, M., *Evangelio según San Mateo*, en PROFESORES DE SALAMANCA, *Biblia Comentada*, Tomo Vb, BAC, Madrid, 1977, p. 19. Esa comilla individual que está al final de la palabra indica una consonante que se llama en hebreo *ayin*. Las dos letras castellanas *s* y *h* juntas que figuran dentro de la palabra sirven para transliterar una sola letra hebrea: la *shin*. La doble *ve* que está en la palabra debe pronunciarse como una ‘*u*’ castellana.

⁴ Cf. ZORELL, F., *Lexicon hebraicum Veteris Testamenti*, Editrice Pontificio Istituto Biblico, Roma, 1989, p. 336, col. 1.

⁵ Por eso dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “El nombre de Jesús significa que el Nombre mismo de Dios está presente en la persona de su Hijo (cf. Hch 5, 41; 3 Jn 7) hecho hombre para la redención universal y definitiva de los pecados. El es el Nombre divino, el único que trae la salvación (cf. Jn 3, 18; Hch 2, 21)” (CEC, 432).

AT se dirá que salvará al pueblo de sus pecados. El único que puede salvar al pueblo de sus pecados será Yahveh. De hecho, esto será lo que levantará el escándalo de los fariseos cuando Jesús le diga al parálitico: “Tus pecados te son perdonados” (Mt 9,2; Mc 2,5). Los fariseos, con una correcta teología, exclamarán interiormente: “Sólo Dios puede perdonar los pecados” (Mc 2,7). Sin embargo, a pesar de que en este punto su teología es buena, la conclusión es falsa: “Este hombre blasfema” (Mt 9,3; Mc 2,7).

Por lo tanto, cuando el ángel le dice a José: “Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”, está diciendo: “Este niño es Yahveh y, porque es Yahveh hecho hombre, salvará al pueblo de sus pecados”.

Josué, el sucesor de Moisés, como dijimos, llevaba exactamente el mismo nombre de Jesús: *Yehoshwa*. Pero en Josué este nombre era un recuerdo y un homenaje. Un recuerdo, porque recordaba al pueblo que Yahveh lo iba a salvar. Un homenaje, porque daba gloria a Dios reconociendo su grandeza y su auxilio. Pero Josué no podía salvar al pueblo de sus pecados.

El nombre con que Dios mismo se definió a sí mismo en el Horeb en el episodio de la zarza ardiente, es decir, el nombre de Yahveh, significa: ‘Yo soy el que es’ o ‘Yo soy el que soy’. De esta manera este nombre expresa, sobre todo, la plenitud más absoluta de ser y la causa del ser de todas las cosas. El nombre de Yahveh se suele denominar como ‘el tetragrama sagrado’. La razón de esto es que está compuesto de cuatro consonantes hebreas: YHWH. *Tetra*, en griego, significa ‘cuatro’; y *gramma*, significa ‘letra’. Por lo tanto, ‘tetra-grama sagrado’ significa las cuatro letras con las que está formado el nombre sagrado de YHWH.

Pero, además, “también la eternidad y la fidelidad divina están presentes en el nombre de *Yhwh*. Dado que el imperfecto es un tiempo continuativo, el nombre de *Yhwh* quiere decir ‘aquel que era, que es y que será siempre’, es decir, aquel que es siempre presente y que obra siempre con fidelidad a su palabra. En este sentido, *Yhwh* es el Dios que opera continuamente a favor del pueblo de Israel, siempre pronto para intervenir en su defensa”⁶.

Por eso dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “Al revelar su nombre, Dios revela, al mismo tiempo, su fidelidad que es de siempre y para siempre, valedera para el pasado (‘Yo soy el Dios de tus padres’, Ex 3,6) como para el porvenir (‘Yo estaré contigo’, Ex 3,12). Dios que revela su nombre como ‘Yo soy’ se revela como el Dios que está siempre allí, presente junto a su pueblo para salvarlo” (CEC, 207).

Además, “dado que en hebreo el tiempo imperfecto tiene valor también de presente o de futuro (presente continuo), se ha entendido el nombre de *Yhweh* como ‘Yo soy para ti aquel que seré’, es decir, como una revelación a Moisés de la ayuda divina, en vistas de su misión futura, en la perspectiva de la salvación”⁷.

Por eso dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “Dios llama a Moisés desde una zarza que arde sin consumirse. Dios dice a Moisés: ‘Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob’ (Ex 3,6). Dios es el Dios de los padres. El que había llamado y guiado a los patriarcas en sus peregrinaciones. Es el Dios fiel y compasivo que se acuerda de ellos y de sus promesas; viene para librar a sus descendientes de la esclavitud. Es el Dios que más allá del espacio y del tiempo lo puede y lo quiere, y que pondrá en obra toda su Omnipotencia para este designio” (CEC, 205).

Teniendo en cuenta estas connotaciones del nombre de Yahveh, Benedicto XVI llega a decir de una manera muy audaz que el nombre de ‘Jesús’, incluso, *completa* el nombre sagrado de Yahveh. Estas son las palabras del Papa: “El nombre de Jesús contiene de manera escondida el tetragrama, el nombre misterioso del Horeb, ampliado hasta la afirmación: Dios salva. El nombre del Sinaí, que había quedado como quien dice incompleto, es pronunciado hasta el fondo. El Dios que es, es el Dios presente y salvador. La revelación del nombre de Dios, iniciada en la zarza ardiente, es llevada a su cumplimiento en Jesús (cf. Jn 17,26)”⁸.

⁶ TABET, M. – DE VIRGILIO, G., *Introduzione alla lettura del Pentateuco e dei Libri Storici del Antico Testamento*, Associazione Apollinare Studi, Roma, 1997, p. 135; traducción nuestra.

⁷ TABET, M. – DE VIRGILIO, G., *Idem*, p. 134; traducción nuestra.

⁸ BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, Editorial Planeta, Barcelona, 2012, p. 21.

2. La *Theo-tókos*

La solemnidad de María, Madre de Dios tiene su sustento teológico principal en una realidad textual del evangelio de San Lucas. En efecto, este evangelio, en una ocasión, llama a María explícitamente ‘Madre de Dios’. En Lc 1,43, Isabel se dirige a María diciéndole: “¿Cómo es esto que la madre de mi Señor (*he méter tou Kyriou mou*) venga a mí?”. *Kýrios* es el nombre reservado sólo para Dios, la palabra griega usada para traducir el nombre incomunicable de Dios, *Yahveh*. Llamar a María ‘la madre de mi Señor’ es llamarla ‘la madre de mi Dios’.

Pero, además, este título de María tiene una importancia capital para la cristología. Dice el Directorio Homilético: “El antiguo título de *Theotokos* (Madre de Dios) ratifica la naturaleza, tanto humana como divina, de Cristo”⁹. En efecto, la razón principal por la cual el Concilio de Éfeso (año 431) definió que María es verdadera Madre de Dios (*Theotókos*) no fue para resaltar la dignidad de María sino para ratificar el realismo de la Encarnación. La naturaleza humana de Cristo está unida de forma personal (‘hipostática’) a la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Hijo. Y, por lo tanto, todo lo que se dice de la naturaleza humana de Cristo se dice, en realidad, de la persona del Hijo. El sujeto último (la hipóstasis) que realiza los actos en Cristo no es una supuesta persona humana, sino la persona divina del Verbo. Por lo tanto, todo lo que se atribuye a la naturaleza humana de Cristo se atribuye a la persona divina del Verbo. Por eso, después que la naturaleza humana de Cristo murió en la cruz, con toda precisión teológica, se puede decir: ‘el Hijo de Dios murió’. De la misma manera, con toda precisión teológica se puede decir, ‘Dios es hijo de María Virgen’, y, por lo tanto, con toda precisión teológica se puede decir: ‘María es Madre de Dios’. Éste es el valor teológico primero y fundamental de la solemnidad que hoy estamos celebrando. Y así se entiende que el Directorio Homilético, correctamente, diga la frase que encabeza este párrafo.

Santo Tomás de Aquino lo explica con más detalles y con una precisión insuperable: “¿Pueden aplicarse a Dios los atributos propios de la naturaleza humana? Sobre esta cuestión hubo diferencias entre los nestorianos y los católicos. Los primeros dividían en dos apartados los términos que se aplican a Cristo, de este modo: los que se refieren a la naturaleza humana no se predicarían de Dios, y los que pertenecen a la naturaleza divina no se predicarían del hombre. Por eso dijo Nestorio: ‘Si alguien pretende atribuir pasiones al Verbo de Dios, sea anatema’. Mientras que, si existen términos que pueden pertenecer a las dos naturalezas, tales términos se predicarían de ambas naturalezas; esto sucede, por ejemplo, con los nombres *Cristo* o *Señor*. Por eso admitían que Cristo nació de la Virgen, y que existió desde toda la eternidad; sin embargo, *no aceptaban que Dios haya nacido de la Virgen*, o que el hombre haya existido desde toda la eternidad.

“En cambio, los católicos defendieron que lo que se dice de Cristo, sea por su naturaleza divina, sea por su naturaleza humana, puede predicarse tanto de Dios como del hombre. Por eso dijo San Cirilo: ‘Si alguien divide las expresiones usadas a propósito de Cristo en los escritos evangélicos o apostólicos entre las dos personas o sustancias, esto es, hipóstasis, o hace lo mismo con los términos empleados por los santos o por el propio Cristo respecto de sí mismo, y cree que unas deben aplicarse al hombre, y las otras solamente al Verbo, sea anatema’. Y la razón de esto es que, por tener las dos naturalezas una misma hipóstasis, esa misma hipóstasis es la que se designa bajo el nombre de una y otra naturaleza. Por consiguiente, se diga *hombre* o se diga *Dios*, se alude a la hipóstasis de la naturaleza divina y de la naturaleza humana. Y, por tanto, puede atribuirse al hombre lo que pertenece a la naturaleza divina, y a Dios lo que es propio de la naturaleza humana”¹⁰.

⁹ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, 2014, nº 123.

¹⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, III, q. 16, a. 4 c; cursiva nuestra. Agrega un comentador: “Tenemos aquí la llamada «comunicación de idiomas», o propiedades de cada naturaleza. Por ser distintas (*sin confusión*), las propiedades de una naturaleza no se pueden aplicar sin más a la otra, pero sí es posible este intercambio dada la unidad de persona (S. Th., III, q. 16, a. 5, ad 2). Como los términos concretos designan a la persona (Jesucristo, Dios), mientras los abstractos (humanidad, divinidad) se refieren a las naturalezas, la comunicación de idiomas se da en los términos concretos, no en los abstractos (a. 5). Por ejemplo, se puede decir «el Hijo de Dios muere», pero no «la divinidad muere». Análogamente, podemos decir «Jesucristo es segunda persona de la Trinidad», pero eso mismo no podemos decirlo de su humanidad. Más precisiones en III, q. 16, a. 8 y 9” (ESPEJA PARDO, J., *Introducción al Tratado del Verbo Encarnado de la Suma Teológica*, en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, BAC, Madrid, 1994, Volumen 5, p. 185).

Es precisamente en este contexto que los padres sinodales del Concilio de Éfeso hablaron de María como Madre de Dios. De hecho, la definición de María como Madre de Dios se hace dentro del *Decreto I sobre la Encarnación*, leído y aprobado en la primera sesión del Concilio. El tema fundamental era la realidad y el realismo de la Encarnación. Llamar a María Madre de Dios era ratificar ese realismo de la Encarnación. Luego de explicar la unión hipostática entre la naturaleza humana de Cristo y su persona divina, dice dicho Decreto: “Porque no nació primeramente de la santa Virgen un hombre vulgar, y luego descendió sobre Él el Verbo; sino que, unido desde el seno materno, se dice que se sometió a un nacimiento según la carne, como quien hace suyo el nacimiento de la propia carne... De esta manera los Santos Padres no tuvieron inconveniente en llamar madre de Dios a la santa Virgen”¹¹.

La palabra *Theo-tókos* está formada por dos términos. En primer lugar, el término griego *Theós*, que significa ‘Dios’. En segundo lugar, el término *tókos*, que significa ‘el acto de dar a luz’, es decir, ‘el parto’. El sustantivo *tókos* proviene del verbo *tíkto*, que significa ‘dar a luz’, es decir, ‘parir’. El verbo *tíkto* es el verbo que se usa en Lc 1,31 cuando el ángel le dice a María: “Concebirás y darás a luz (verbo *tíkto*) un hijo”. Y también se usa en Mt 1,21 cuando el ángel le dice a José: “María dará a luz (verbo *tíkto*) un hijo”. Por lo tanto, la palabra *Theo-tókos* significa ‘La que da a luz a Dios’, ‘La que pare a Dios’. El verbo ‘parir’ no tiene ninguna connotación peyorativa. En latín también se la llama *Dei-para*¹². Incluso en castellano existe la palabra *Deípara*¹³.

Con razón cantamos en una antiquísima oración latina: *Tu quae genuisti tuum Sanctum Genitorem*, es decir, ‘Tu que engendraste a tu Santo Engendrador’¹⁴.

3. La *Theo-tókos* es testigo del derramamiento de sangre de su Hijo

Dice también el Directorio Homilético: “El rito de la circuncisión celebra la entrada de Jesús en la alianza y anuncia con anticipación ‘la Sangre de la nueva y eterna alianza que será derramada por vosotros y por todos para el perdón de los pecados’”¹⁵. Por lo tanto, la celebración de María como Madre de Dios, en el pensamiento de la Iglesia, no está separada del recuerdo de la sangre que Jesús derramó en la circuncisión y en la pasión, y, por lo tanto, de la sangre que derrama cada día en el sacrificio eucarístico.

Otra vez encontramos en el Misterio de la Navidad la alegría mezclada con el dolor, el color blanco junto al color rojo. La Navidad, misterio gozoso, es, al mismo tiempo un misterio de redención y, por lo tanto, misterio doloroso. El Niño nace y se alegra de abrirse a la vida. Pero ya desde ese momento se orienta hacia el culmen de la redención y se sitúa en tensión hacia la cruz.

En la Santa Misa que estamos celebrando se realiza de manera perfecta tanto el Misterio de la Navidad como el Misterio de la Redención. En la consagración del pan y del vino se hace presente verdadera, real y sustancialmente el Niño de Belén, Dios y hombre verdadero, con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Jesús nace y es colocado en esa gruta y en esa cuna que están formadas por los accidentes del pan y del vino.

¹¹ CONCILIO ECUMÉNICO DE ÉFESO, *Decreto I sobre la Encarnación*, año 431, en DENZINGER - SCHONMETZER, n° 250. Luego, en los llamados *Anatematismos o capítulos de San Cirilo contra Nestorio*, leídos y aprobados en el Concilio de Éfeso se dice: “Si alguno no confiesa que Dios es verdaderamente el Emmanuel, y a causa de esto no confiesa que la santa Virgen es Madre de Dios (*dià toúto Theotókon tèn hagían parthénon*), pues ella engendró según la carne al Verbo de Dios hecho carne, sea anatema” (CONCILIO ECUMÉNICO DE ÉFESO, *Anatematismos de San Cirilo*, canon 1, en DENZINGER – SCHONMETZER, n° 250; traducción nuestra hecha directamente del original griego del Concilio de Éfeso). El texto griego transliterado en caracteres latinos es el siguiente: *Ei tís ouj homologeí, Theòn eínai katà alètheian tòn Emmanouél, kai dià toúto Theotókon tèn hagían parthénon, gegenneke gàr sarkikòs sárka gegonónta tòn ek Theoù lógon, anáthema ésto*. Este texto griego lo hemos tomado de: DENZINGER, H., *Enchiridion Symbolorum*, Bibliotheca Herder, Friburgi Brisgoviae, 1911¹⁰, n° 113, p. 52, col. 1.

¹² Con acento prosódico en la primera ‘a’.

¹³ Deípara. (Del lat. Deipāra). adj. Se dice exclusivamente de la Virgen María, por ser madre de Dios (Diccionario de la Real Academia Española). Lleva acento ortográfico en la letra ‘i’. La palabra latina Dei-para y la castellana Deí-para, provienen del verbo latino pario; infinitivo: parere; perfecto: peperit; participio: partum (pariturus) (3ª transitivo): dar a luz, parir; producir; engendrar, causar (Dicc. Vox).

¹⁴ Oración *Alma Redemptoris Mater*, siglo XI.

¹⁵ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, 2014, n° 123.

Pero, al mismo tiempo, esa misma consagración del pan y del vino es la actualización de su sacrificio en la cruz. La sangre, directamente presente por las palabras de la consagración, se derrama para el perdón de los pecados de los hombres. La Misa es un verdadero y propio sacrificio, el mismo y único sacrificio de la cruz actualizado sobre el altar.

Conclusión

Dice el Directorio Homilético: “También es un tema central de esta Celebración la función de María en la obra de la Salvación, tanto en relación con Cristo, que por medio de Ella ha recibido la naturaleza humana, como con los miembros de su Cuerpo: es la Madre de la Iglesia que intercede por nosotros”¹⁶.

La función de María en la obra de la Salvación en relación con Cristo es la de ratificar la identidad de Jesús, tanto de su naturaleza divina como de su naturaleza humana. La función de María en la obra de la Salvación en relación con los miembros de su Cuerpo la explica San Juan en el episodio al pie de la cruz (Jn 19,25-27).

En efecto, la entrega que hace Jesús dándole Juan a María como hijo, y dándole María a Juan como madre tiene vastas consecuencias para la Iglesia de todos los tiempos. Respecto a esto dice un gran exégeta moderno, el P. De La Potterie: “La mujer que era hasta ahora la madre de Jesús se convertirá finalmente en la madre del discípulo: ‘Ha aquí a tu *madre*’. Esta extensión de la función materna de María corresponde, si se puede decir, a aquello que se designa, para las cosas materiales, bajo el nombre de ‘traspaso de propiedad’. El sentido del episodio es claro: Juan describe aquí la proclamación de la maternidad espiritual de María en relación con los creyentes, representados por el discípulo predilecto. Pero si el discípulo que Jesús amaba representa a todos los discípulos, la madre de Jesús, la Hija de Sion, representa a la Iglesia en su función materna; ella es aquí *ecclesiae sanctae nova inchoatio*, es decir, ‘la Iglesia toda santa en su primer inicio’”¹⁷.

El evangelio dice aquí: “Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa” (Jn 19,27). La frase que se traduce ‘en su casa’ en el original griego es *eis tà ídia* que, literalmente, significa: ‘entre las cosas propias de él’. Respecto a esto agrega De La Potterie: “La respuesta del discípulo (...) no significa sólo que el discípulo ‘recibió a María en su casa’. Su respuesta está en el orden de la fe: él ha comprendido perfectamente el testamento espiritual de Jesús. Es necesario traducir: ‘Y a partir de aquel momento, él la acogió en su intimidad (*eis tà ídia*)’. La acogida del discípulo es un acto de fe, no un simple gesto exterior en atención a María. Según la voluntad de Jesús, él la acoge ‘*entre sus bienes* (espirituales)’; la acoge como su propia madre, en su vida de fe, en su corazón”¹⁸. Podríamos también traducir: ‘La recibe entre las cosas más caras a su corazón’. O también: ‘La recibe como una riqueza especial entre sus riquezas más ricas’.

Por lo tanto, el rol de la madre de Jesús, es decir, de la madre de Dios en la economía de la salvación, de acuerdo a lo que puede verse en el episodio al pie de la cruz, es grandioso: se convierte en madre de todos los creyentes y es recibida, a su vez, en la intimidad de la fe de todo creyente como algo propio del creyente.

Pidámosle a la Virgen María que ella sea efectivamente, para cada uno de nosotros, lo que ya es en el plano del designio divino.

Papa Francisco

Donde hay madre, hay ternura

«Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2, 19). Así Lucas describe la actitud con la que María recibe todo lo que estaban viviendo en esos días. Lejos de querer entender o adueñarse

¹⁶ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, 2014, n° 123.

¹⁷ DE LA POTTERIE, I., *Il mistero del cuore trafitto*, Edizioni Dehoniane Bologna, Bologna, 1988, p. 173 – 174; traducción nuestra.

¹⁸ DE LA POTTERIE, I., *Idem*, p. 174; traducción nuestra.

de la situación, María es la mujer que sabe conservar, es decir proteger, custodiar en su corazón el paso de Dios en la vida de su Pueblo. Desde sus entrañas aprendió a escuchar el latir del corazón de su Hijo y eso le enseñó, a lo largo de toda su vida, a descubrir el palpitar de Dios en la historia. Aprendió a ser madre y, en ese aprendizaje, le regaló a Jesús la hermosa experiencia de saberse Hijo. En María, el Verbo Eterno no sólo se hizo carne sino que aprendió a reconocer la ternura maternal de Dios. Con María, el Niño-Dios aprendió a escuchar los anhelos, las angustias, los gozos y las esperanzas del Pueblo de la promesa. Con ella se descubrió a sí mismo Hijo del santo Pueblo fiel de Dios.

En los evangelios María aparece como mujer de pocas palabras, sin grandes discursos ni protagonismos pero con una mirada atenta que sabe custodiar la vida y la misión de su Hijo y, por tanto, de todo lo amado por Él. Ha sabido custodiar los albores de la primera comunidad cristiana, y así aprendió a ser madre de una multitud. Ella se ha acercado en las situaciones más diversas para sembrar esperanza. Acompañó las cruces cargadas en el silencio del corazón de sus hijos. Tantas devociones, tantos santuarios y capillas en los lugares más recónditos, tantas imágenes esparcidas por las casas, nos recuerdan esta gran verdad. María, nos dio el calor materno, ese que nos cobija en medio de la dificultad; el calor materno que permite que nada ni nadie apague en el seno de la Iglesia la revolución de la ternura inaugurada por su Hijo. Donde hay madre, hay ternura. Y María con su maternidad nos muestra que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, nos enseña que no es necesario maltratar a otros para sentirse importantes (cf. Exhort. ap. [Evangelii gaudium](#), 288). Y desde siempre el santo Pueblo fiel de Dios la ha reconocido y saludado como la Santa Madre de Dios.

Celebrar la maternidad de María como Madre de Dios y madre nuestra, al comenzar un nuevo año, significa recordar una certeza que acompañará nuestros días: somos un pueblo con Madre, no somos huérfanos.

Las madres son el antídoto más fuerte ante nuestras tendencias individualistas y egoístas, ante nuestros encierros y apatías. Una sociedad sin madres no sería solamente una sociedad fría sino una sociedad que ha perdido el corazón, que ha perdido el «sabor a hogar». Una sociedad sin madres sería una sociedad sin piedad que ha dejado lugar sólo al cálculo y a la especulación. Porque las madres, incluso en los peores momentos, saben dar testimonio de la ternura, de la entrega incondicional, de la fuerza de la esperanza. He aprendido mucho de esas madres que teniendo a sus hijos presos, o postrados en la cama de un hospital, o sometidos por la esclavitud de la droga, con frío o calor, lluvia o sequía, no se dan por vencidas y siguen peleando para darles a ellos lo mejor. O esas madres que en los campos de refugiados, o incluso en medio de la guerra, logran abrazar y sostener sin desfallecer el sufrimiento de sus hijos. Madres que dejan literalmente la vida para que ninguno de sus hijos se pierda. Donde está la madre hay unidad, hay pertenencia, pertenencia de hijos.

Comenzar el año haciendo memoria de la bondad de Dios en el rostro maternal de María, en el rostro maternal de la Iglesia, en los rostros de nuestras madres, nos protege de la corrosiva enfermedad de «la orfandad espiritual», esa orfandad que vive el alma cuando se siente sin madre y le falta la ternura de Dios. Esa orfandad que vivimos cuando se nos va apagando el sentido de pertenencia a una familia, a un pueblo, a una tierra, a nuestro Dios. Esa orfandad que gana espacio en el corazón narcisista que sólo sabe mirarse a sí mismo y a los propios intereses y que crece cuando nos olvidamos que la vida ha sido un regalo —que se la debemos a otros— y que estamos invitados a compartirla en esta casa común.

Tal orfandad autorreferencial fue la que llevó a Caín a decir: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9), como afirmando: él no me pertenece, no lo reconozco. Tal actitud de orfandad espiritual es un cáncer que silenciosamente corroe y degrada el alma. Y así nos vamos degradando ya que, entonces, nadie nos pertenece y no pertenecemos a nadie: degrado la tierra, porque no me pertenece, degrado a los otros, porque no me pertenecen, degrado a Dios porque no le pertenezco, y finalmente termina degradándonos a nosotros mismos porque nos olvidamos quiénes somos, qué «apellido» divino tenemos. La pérdida de los lazos que nos unen, típica de nuestra cultura fragmentada y dividida, hace que crezca ese sentimiento de orfandad y, por tanto, de gran vacío y soledad. La falta de contacto físico (y no virtual) va cauterizando nuestros corazones (cf. Carta enc. [Laudato si'](#), 49) haciéndolos perder la capacidad de la ternura y del asombro, de la piedad y de la compasión. La orfandad espiritual nos hace perder la memoria de lo que significa ser hijos, ser nietos, ser padres, ser abuelos, ser amigos, ser creyentes. Nos hace perder la memoria del valor del juego, del canto, de la risa, del descanso, de la gratuidad.

Celebrar la fiesta de la Santa Madre de Dios nos vuelve a dibujar en el rostro la sonrisa de sentirnos pueblo, de sentir que nos pertenecemos; de saber que solamente dentro de una comunidad, de una familia, las personas podemos encontrar «el clima», «el calor» que nos permita aprender a crecer humanamente y no como meros objetos invitadas a «consumir y ser consumidos». Celebrar la fiesta de la Santa Madre de Dios nos recuerda que no somos mercancía intercambiable o terminales receptoras de información. Somos hijos, somos familia, somos Pueblo de Dios.

Celebrar a la Santa Madre de Dios nos impulsa a generar y cuidar lugares comunes que nos den sentido de pertenencia, de arraigo, de hacernos sentir en casa dentro de nuestras ciudades, en comunidades que nos unan y nos ayudan (cf. Carta enc. [Laudato si', 151](#)).

Jesucristo en el momento de mayor entrega de su vida, en la cruz, no quiso guardarse nada para sí y entregando su vida nos entregó también a su Madre. Le dijo a María: aquí está tu Hijo, aquí están tus hijos. Y nosotros queremos recibirla en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras comunidades, en nuestros pueblos. Queremos encontrarnos con su mirada maternal. Esa mirada que nos libra de la orfandad; esa mirada que nos recuerda que somos hermanos: que yo te pertenezco, que tú me perteneces, que somos de la misma carne. Esa mirada que nos enseña que tenemos que aprender a cuidar la vida de la misma manera y con la misma ternura con la que ella la ha cuidado: sembrando esperanza, sembrando pertenencia, sembrando fraternidad.

Celebrar a la Santa Madre de Dios nos recuerda que tenemos Madre; no somos huérfanos, tenemos una Madre. Confesemos juntos esta verdad. Y los invito a aclamarla de pie (todos se alzan) tres veces como lo hicieron los fieles de Éfeso: Santa Madre de Dios, Santa Madre de Dios, Santa Madre de Dios.

(PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Santa Misa en la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios*, 50ª Jornada mundial de la paz, Basílica Vaticana, Capilla Papal, domingo 1 de enero de 2017)

San Rafael Arnáiz

¡Feliz Año Nuevo!!

“Estamos a primero de enero de 1937”.

"Hoy es igual que ayer y será igual que mañana".

"Para el hombre, el tiempo pasa..., para Dios no hay tiempo..., sólo Dios permanece".

"¡Un año!..., un año más, que como nos ha dicho el predicador, un año que se hunde en el abismo de la Eternidad".

"Un año que pasó, apenas un instante nos ha parecido".

"Un año, y no hemos hecho nada..., estamos más cerca de Dios, ese es el único consuelo que obtenemos al pensar que el tiempo va pasando, o que nosotros vamos pasando con el tiempo..., no lo sé, ni tengo ganas de discurrir y pensar sobre lo que ya se ha dicho".

"¿Acaso sabemos lo que es el tiempo?... ¡pues entonces!..."

"Un año, para unos es una vida entera, para otros es apenas un relámpago; no se puede medir. No importa, no merece la pena; para mí no es más que una cifra".

"Seguiremos viviendo, nuestros tejidos se ir irán haciendo viejos, el pelo perderá el color y se caerá, todo el organismo se irá desgastando, y lo que hoy es joven, mañana será viejo y decrepito..., eso es el tiempo... Lo que ahora eres, mañana no lo serás, y ahora eres lo que no fuiste..., todo cambia, y eso lo hace el tiempo; nada hay estable..., qué más da un año que un siglo, que un millón de siglos..."

"No merece la pena ocuparse del tiempo".

"Sólo hay una verdad, que es Dios, porque sólo Dios permanece, sólo Dios es inmutable, lo demás es como el año que acaba de existir... Mentira y vanidad que se mueren con el tiempo..., tiempo que se hunde en los abismos de la Eternidad..."

"¡Feliz año nuevo!..., bueno, si desde ahora en adelante hemos de ser mejores, y hemos de andar más deprisa, y en menos tiempo perfeccionarnos en el amor de Dios".

"Mas no es el año el que ha de ser mejor..., somos nosotros los que hemos de mejorar..., somos nosotros los que existimos, no es el año que empieza...; eso es solamente una cifra que está en nuestra mente...; bueno, bueno, filosofía económica estoy haciendo, válgame Dios y la Santísima Virgen".

"¡Año de 1937, bien venido, seas lo que seas, pues Dios te envía!..., ¿qué me traes? Lo mismo me da, pues también el Señor es quien lo envía".

"Que Él me ayude a servirle mejor dentro de tus días y tus meses..., que Él y María me protejan como lo han hecho en años anteriores, y que cuando termines, pueda decir, no como hoy, que he dicho que estoy más cerca de Dios en cuanto al tiempo que me falta de recorrer el camino de mi vida mortal, sino que pueda decir en verdad que el año 1937 me ha servido para acercarme a Dios, pero en Santidad, en Perfección y en Verdadero Amor... Todo lo demás que no me sirva para eso, no lo quiero, pues es realmente tiempo perdido..., y mirándolo bien, y con mi conciencia a la vista, ya he perdido bastante".

"¡Año 1937, bienvenido seas, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"!

SAN RAFAEL ARNÁIZ VARÓN, Vida y escritos, España, 1960, 307-309

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.